

4. P. Antonio Caxón

El P. Antonio Caxón nació en Barbastro en 1712. Estudió en el colegio de Barbastro primeras letras y humanidades, y en la universidad de Huesca se licenció en filosofía y teología en 1729. Vistió el hábito escolapio en Peralta en 1729 y profesó en 1730. Enseñó humanidades y filosofía en Daroca (1730-1735). En 1736 estuvo predicando en Madrid y en 1737 intentó fundar un colegio en Getafe. Destinado a Valencia, llamó poderosamente la atención su Acto de Doctrina General (1738), y como rector del colegio (1739-1741) organizó las escuelas y llevó adelante las obras del colegio e iglesia. Predicó entonces su famoso sermón de Santo Tomás, contra el que escribieron los suaristas el libelo “Conversación de Fabio y Silvio”. A raíz de este episodio le escribió desde Salamanca una carta laudatoria, que reproduce el P. Lasalde, Torres de Villarroel. Terminado el rectorado, volvió a la corte como procurador de su Provincia. Debido a la fama de su oratoria, el Nuncio Enrique Henríquez (1744-1754) le nombró su confesor y consejero y, a la vez, teólogo calificador del tribunal de la Rota. Como Vocal de Aragón, asistió al Capítulo General de 1754. El P. Caxón residió luego en Valencia y Peralta, y fue Rector de Albarracín (1767-1769). Desde 1754 desarrolló una intensa actividad como predicador profundo y elocuente en los principales pulpitos aragoneses. Falleció en Zaragoza en 1775.

Vamos a reproducir un fragmento del citado sermón de Santo Tomás, que tenemos en nuestra Biblioteca Provincial¹. Saltándonos la introducción (de lo más barroco), pasamos al Punto Primero. Omitimos también las notas que aparecen en el texto (54), con las que el autor apoya sus afirmaciones bíblicas o patrísticas.

O NIX!

¡Oh nieve!² con esta exclamación dulce empieza a respirar nuestro humano pecho, de tiernas admiraciones suavemente oprimido, al contemplar un privilegio tan desusado en un hijo de Adán e hijo del polvo. ¡Oh nieve! Oh candor de angélica celestial pureza, reservada a un Hombre Ángel favorecido de la gracia, pues lo que tuvo de barro en la deleznable fábrica de los sentidos, supo moderarlo de tal modo con este Cíngulo con que le regaló todo un cielo, que desmintió las caducas fragilidades de la tierra, gozando en ella sin sustos las tranquilidades seguras de la patria.

Destila del cielo la nieve, en frase del profeta Isaías; queda en la tierra como embebida y empapada; fecúndala de frutos óptimo y el Sembrador halla modo de enriquecer sus trojes con ellos. Gran sementera nos asegura el vasto terreno del mundo con la nieve desprendida del cielo. Hasta el mismo Dios quiso que se contemplasen en ella los escondidos tesoros, y Cristo en el Tabor cortó de la misma tela sus vestidos. Ahora decidme, Señores, ¿qué cosa será esta nieve, o cómo tantas riquezas en sí esconde? Yo, a decir la verdad, no lo comprendo. Ella es una cosa la más fría de este mundo: es una fugitiva, caduca, inconstante belleza. La antigüedad no halló colores con qué pintarla, ni propios ropajes con que cubrirla, pues en un leve momento o como piedra se endurece, o como agua se deshace. Tan vana que todo es aire cuanto tiene, y tan mal sufrida que si la quieren oprimir un poco se consume.

¿Y es posible que esta mentira verdad, o vano embeleso de nuestros ojos, abrigue tantos tesoros en sus senos? Ea, que sí. Permitidme que pase a examinar en el fondo la médula, dejando en su superficie la corteza. Los sabios que menos mal filosofaron sobre la compaginación de este

¹ En el volumen 8/9 de Papeles Varios, f. Consta de 40 páginas. El sermón fue predicado el 13 de febrero de 1757 (con ocasión de la fiesta de Santo Tomás de Aquino) en el Convento de San Ildefonso, de los Predicadores de Zaragoza. Recuérdese que antes de la canonización de San José de Calasanz, los escolapios tenían como Patrón a Santo Tomás de Aquino, y que a lo largo de la historia las relaciones entre Dominicos y Escolapios han sido siempre muy buenas.

² Según la tradición, Santo Tomás venció su concupiscencia rechazando con un leño encendido una prostituta que sus hermanos le habían llevado para tratar de desviarle de su intención de hacerse religioso. Como recompensa, la Virgen le impuso el cíngulo que le preservó en lo sucesivo de esas tentaciones. Otra tradición dice que Santo Tomás, para vencer las tentaciones carnales, se revolcó en la nieve. En torno a esta idea se construye el sermón.

fugitivo meteoro le llamaron cendal o velo sutilísimo que, formándose del agua congelada, con esponjosa realidad se extiende y al aire circunstante ciñe. Pues nieve, que a más de su inocente candidez tiene las propiedades de ceñir, bien merecen algún modo las aprobaciones y alabanzas de su Hacedor, y que todo un Cristo, transfigurado y engolfado en gloria, corte de esta tela sus hermosas galas.

Empiécese, pues, a tejer, como gala del día, el cingulo de mi Ángel de los copos de esta nieve, que son los hilos de que se compone, y no perdamos de vista al Sembrador del Evangelio, ni nos turbe el ver que un forastero haga este oficio. Si cayere alguna mayor porción de nieve, será por aprovechar más la semilla, disponer mejor el terreno, y asegurar multiplicado el fruto. Es la nieve hermosa alfombra de los sembrados, anticipado rocío de las flores, suave refrigerio de las plantas, destilada conserva de las frutas, nutritivo alimento de las vides, gallarda lozanía de las mieses, y segura esperanza de los agricultores. Año de bienes, como en rústico anagrama, llamaron al de las nieves los españoles antiguos, y San Ambrosio la llamó fiel provisor de los graneros. Por esto, sin duda, el mismo Santo Doctor, pasando del alegórico sentido al anagógico, decía a Dios con fervoroso espíritu: ¡Oh, pluguiese, Señor, a vuestra bondad que el candor y pureza de esta nieve sirviese de refrigerio y rocío a esta mísera tierra, para que nunca la consumiese en sus verdores el fuego de la lascivia!

Por esta parte está mi Tomás bien asegurado, porque está bien ceñido: ceñido entre los candores de esta nieve, asegurado entre los asaltos de aquella torre. Hipócrita llamaron al Mongibelo³ algunos, y no sin razón, pues con muros de nieve por de fuera, fascinaba los ojos, y de sus entrañas abortaba incendios. Era símbolo de... Pero ya todo el mundo lo sabe, siendo tantos los que se disfrazan con la capa de esta nieve. Mi Ángel era todo al contrario: ocultaba dentro todos sus candores, y fuera se asomaban las llamas; armas de fuego que, esgrimidas a tiempo contra la infernal furia, despejaron el campo, eternizando el triunfo. ¿Y de qué suerte? Destilando la nieve de lo alto del cielo, cuando los Ángeles del cielo le ataron el Cingulo de nieve. Llovió la nieve como sobre ella misma, pues nieve era el candor de aquella pureza ya angélica. Y si en pluma de Hugo, que se vale de la misma comparación, nadie puede ser casto sin privilegio especial, fue en esto Tomás tan singularmente dichoso, que se alzó entre los hombres con el renombre de Ángel, y Ángel Príncipe, cuya celebrada Milicia no es conocida sino con el carácter de Angélica.

También ciñó Dios a David, pero para la pelea, y no se dice para la victoria. A Job le fue mandado que se ciñese como hombre, no como Ángel, porque no había su cingulo de darle privilegios de Ángel, aun habiendo sido en el mérito y paciencia más que hombre. El Pueblo escogido fue ceñido también, pero lo fue para ensayarse a pelear. Y de la mujer más fuerte que ha tenido el mundo solo se dice, por singular elogio, que para dar más impulso a su brazo le sirvió la fortaleza de poderoso Cingulo. Tener tentaciones y ceñir laureles propio fue de los Santos, que padecieron crudas batallas de la concupiscencia, y fueron socorridos de la gracia. Pero Tomás, ceñido con los candores de la nieve que le llovió del cielo, desvaneció la impura llama de tal modo que no volvió a asomar ni aún el humo.

Es doctrina de mi Ángel que los Santos en el cielo gozan el complemento de la pureza, pero si los achaques de la lucha. ¿Y en la tierra? Es otra cosa. Si quieren los castos merecer el triunfo, han de entrar con la guerra de sus pasiones en el campo. Solo Tomás vive lejos de este cisma, como morador en la patria, y tira gajes de justo luchador, como viador en la tierra. De nuestra carne, después de la reformation general, dice elocuentemente Tertuliano, que ha de ser sobrevestida de una gala toda angélica, esto es, que aquella carne que ahora se ve en tantos golpes combatida, y de estímulos fieros agitada, allá será como un globo espiritual, cristalino, y un cuerpo (para hablar con la frase del mismo autor) angelificado. Estos son los gajes anticipados de mi Tomás ceñido. Parece que goza ya el premio de la resurrección en vida, y como por arras se le da el anillo de la gloria que espera en un cingulo de nieve, que como anillo de oro le ajusta, y con esta prenda de la futura gloria corre por medio del contagioso siglo, sin que se le pegue del contagio, ni aún el polvo.

Prodigio fue estupendo de la gracia divina el de los castos Mancebos del horno de Babilonia. Paseábanse por medio de las soberbias llamas, como por un jardín de rosas y azucenas. Tratóles

³ El Etna, de Sicilia: volcán cubierto de nieve. Aún hoy se denomina así a la montaña en Sicilia.

el fuego con respeto tan cortesano que no se atrevió a tocarles en un hilo, y es que estaban ceñidos y como ligados con el listón de la gracia cuando los arrojaron en el horno. Por eso dice San Agustín que se burlaban del fuego. Aquel milagro duró bien pocas horas, y para celebrarle dignamente no bastará muchos siglos. Pero cotejad el triunfo de Tomás con el de aquellos Jóvenes gallardos. Triunfaron ellos de las voraces llamas de una hoguera; triunfó Tomás de las de una concupiscencia abrasadora; vivió dentro de la carne como si no fuera hombre, y entre los incendios del siglo gozaba exenciones de Ángel, sin que la ley tirana de los miembros, que se desmandó sin respeto humano contra los mayores Santos del mundo, se atreviese contra quien ya poseía las tranquilidades del cielo.

Vaso escogido de Dios era el Apóstol, pero no se le dio un Cíngulo que de las luchas de la carne lo preservase, sino un duro agujijón que lo afligiese. Estoy viendo, decía, una ley arraigada dentro de mí mismo, que a la ley de mi entendimiento en nada se parece, y en todo el contradice: una ley que me tiene vergonzosamente cautivo y prisionero en la misma ley inicua del pecado. Pues de esta ley queda, por alto privilegio, libre nuestro Doctor Ángel, y de ella le desata el cielo cuando le ata el Cíngulo. ¡Gracia incomparable! Asegurar el triunfo que gozan los Moradores en las quietudes de la gloria, sin perder el mérito que tienen los Viadores de las batallas de la tierra.

Perdida por nuestros primeros Padres la cándida estola de la original justicia, se desmandó de golpe la insaciable concupiscencia. En el estado primero era todo una inocencia sin inquietud, una paz sin hostilidad, un imperio sin rebelión. Entró en el Paraíso, escoltada de una sierpe, la culpa, y se encendió una guerra muy sangrienta. Desfilóse por unas y otras partes un ejército mal disciplinado de pasiones, en que el mismo desorden acrecentó el estrago, pues turbó la paz y avasalló el imperio. Menos mal lo diré: en aquel estado nuestro primer Padre fue virgen, y lo fue también Eva nuestra Madre. Todo era un imperio sin visos de revolución, una paz sin humos de guerra, un triunfo sin estruendo de batalla. Y luego, perdida la estola de la inocencia, se vio, sin saber cómo, turbada la paz, arruinado el imperio, avergonzado el triunfo.

Cíngulos, dice San Agustín, cíngulos tejieron nuestros padres después de su culpa, no ya para sacudir el yugo de la concupiscencia tirana, sino para cubrir entre la confusión su desnudez y natural vergüenza. Dos guerras ocasionó el desorden, una del espíritu, otra de la carne. La carne, instigada del Demonio, pretende que el espíritu se le rinda; este, fortalecido de la gracia, solicita enfrenar el orgullo de su contrario y sujetarle las ordenanzas de su imperio. ¡Oh miserables hijos del polvo! ¿Dónde está aquella primera estola que servía de hermoso Cíngulo a la pureza? Ved renovado en un Hombre Ángel ese cíngulo de nieve, vedle en Tomás, y antes de verle, oídme.

Dos suertes de pureza distingue aquí delicadamente Tertuliano; la primera de felicidad, la segunda de virtud. Porque en esta recibe la virtud su corona; en aquella triunfa sin contradicción la gracia. Triunfa la gracia en la primera, porque sin la rebelión de la concupiscible, avasalla al imperio del espíritu la carne. Corónase la virtud en la segunda, porque superando con armas el amotinado ejército de las pasiones enemigas, labra su triunfo a fuerza de brazo, hasta echar de sí un combatiente tan orgulloso. Esta segunda pureza fue el triunfo de los Santos, que fielmente batallaron en vida, porque no hubieran tejido de otra suerte su corona.

(Siguen otras 10 páginas).